Y los Urales
las mesetas del Valdai
las colinas del Volga.
Nicolás Lenín ha muerto y su herencia es el cobre.
Y el hierro
la hulla
el petróleo
el oro.
Pero sobre todo su herencia es la tierra,
humana, tierna, fecunda.
Nuestro nacimiento, nuestra vida,
nuestra sepultura,
nuestra resurrección.
He aquí la Canción del Plan de los Cinco Años.

9

Devoraba las noticias del día con el sandwich de
milanesa:
Las consecuencias del temblor que duró treinta
segundos
son funestas para una vasta región.
Durante la noche pareció estacionario
el nivel de las aguas del Sena.
400 obreros sepultados en un túnel.
Las viudas lloran en la boca del día.
Casas, puentes vías férreas, desaparecieron a causa
del terremoto.
Se asegura que Blucher es un militar organizador de
gran estilo.
Queremos la repartición de la tierra,
desconocemos la propiedad privada y la ley de
herencia
y desde ahora todo aquel que no trabaje no comerá.
Los agentes secretos de seis potencias burguesas
se han arrojado al río Moscowa.
Un día existieron Cartago y Babilonia
y un día fue poderoso el Egipto.
Los mercaderes venecianos llegaban hasta Persia
y los persas atravesaban los canales.
Los fenicios navegaban trocando estatuillas de
barro
por montones de trigo.
¡Los desacreditados fenicios que llevaron a Grecia
la preocupación del arte!
Catón repitió veinte veces en Roma: ¡Destruid
Cartago!
Tenemos que destruir. El grito se repite en la
historia.
Pero los camaradas de Moscú han abierto
otro camino
y la historia se desvía.
Les habían prohibido el aceite y la lámpara,
la tinta y la palabra
y ellos vencieron.
Sólo es bello el horizonte cuando recorta miles de
camisas obreras.
Existen Buenos Aires y San Pablo y sus hombres
comienzan a ver.
Yo presiento la marcha sobre Europa de un
Ejército Rojo.
Pausa sobre el teatro de marionetas de Ginebra,
sobre Berlín
que engorda y envilece.
Horcas afiladas están meditando
junto a un horizonte de humo y de sangre.
Cristo signa, en la estridencia de las usinas,
a la última cruz, final e inexorable.

10

No importa que yo ame los puertos y los circos
y la dorada y alevosa flor de la aventura
y el vino y las rosas y la guerra.
Como Ernesto Psichari yo amo la guerra,
pero la guerra que trae la Revolución.
¿Sabes ya que los cuervos vuelan sobre los valles
anunciando la peste?
Yo había visto algunos dibujados en los afiches
de las ciudades.
Había un niño olfateando la sangre de la guerra,
de la guerra que trajo la Revolución.
- "Pour les français dans les territoires ocupeés"-
colocados especialmente por la Legación.
Los cuervos eran los alemanes.
¡Oh, amigos, y cómo es de tranquilo el vuelo
de los cuervos!
¡Qué serenidad bajo la campana del cielo!
Mas cuando se acercan sus picos son horribles,
sus ojos asquerosos y sus garras tremendas.
Los socialdemócratas, los ultraclericales,
los "nacionalistas",
tienen también el vuelo de los cuervos.
Cerca de ellos hay que destrozarlos con un
tiro de escopeta,
porque ellos anuncian y provocan la peste
en la tierra.

11

Hablemos de esta ciudad sucia como su río.
Aquí todo está prohibido.
A la vuelta de la esquina nos deja solos
y en su cuadrilátero aburrido
prevalece la absurda confitura del
Pasaje Barolo
y la mentalidad seminarista de
José Luis Cantilo.
Buenos Aires no vale la pena que le cante
ni siquiera con versos airados.
Siempre se quedará con los Zuviría,
los Capdevilla y los Obligado.
Esta ciudad me ha llamado canalla y vicioso
porque quise darle color.
Porque anduve por ahí desparramando
mi indudable fervor,
porque bajé la luna hasta sus calles
para alumbrarlas mejor.
Porque a la compañía de las horteras
prefería la de vagos y atorrantes.
Porque a veces anduve con un traje rotoso
y estragué mi estómago en el sórdido
Puchero Misterioso.
Esta ciudad de "Siempre alegría"
en el lánguido carnaval.
Esta ciudad fustigada en sus flancos
por la Legión Cívica y el Klan Radical.
Esta ciudad de Yrigoyen y Uriburu,
que nunca ha dado un bandido perfecto
ni un gran poeta.
Esta ciudad cuyos bienes apestan
a escribanos públicos,
a mujeres sin capacidad de pecado.
Esta ciudad que todavía respeta
un título de abogado.
Ciudad de bebedores de agua.
De donde Barret emigró con asco,
en donde O'Neill tuvo hambre y sueño,
en donde Güiraldes fue escarnecido
y Calou murió malogrado,
Payró incomprendido,
Emilio Becher agotado
y Carriego empequeñecido
y en cuya Universidad,
esquina pedagógica de la vulgaridad,
se gesta una runfla de rastas y logreros
y patoteros grandilocuentes
que después van a llenar la Pampa
de alambradas y alcahuetes.

12

No tenemos nada, no hemos construido,
nada fue posible en este campamento podrido.
Hemos quedado solos
con un montón de versos,
angustiosos o perversos
porque la leche de Buenos Aires
fue así de mala.
Sucia como su río,
agria como su alma.

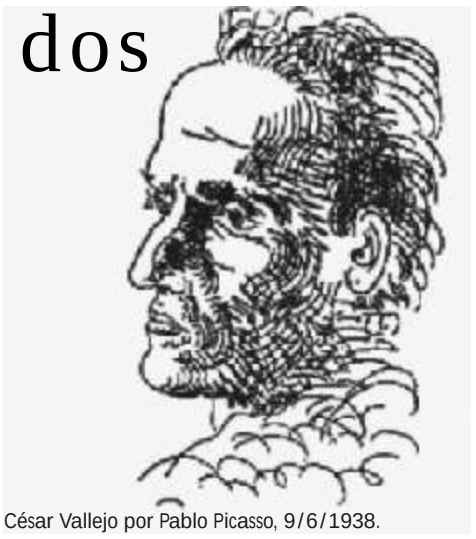
El tango actual es una cobardía.
Sombrío, ronco, gangoso
-"oliendo a china en zapatilla y
macho perezoso"-
Es pesimista, compasivo y trágico.
Es un ángel oscuro que pudo haber volado.
Le falta a Buenos Aires la Tercera Fundación.
La que vendrá con la Revolución.

¡Preparémonos para tirar!
Contra los museos,
las universidades,
la prensa paquidermo,
la radiotelefonía, la academia,
el teatro y el deporte burgueses.
Preparémonos para tirar
y acertar esta vez.
Contra en la casa
contra en el mar
contra en la calle
contra en el bar
contra en la montaña.
Para abatir al imperialismo.
Por una conciencia revolucionaria.
Y aquí nosotros contra la histeria fascista,
contra el socialismo tibio,
contra la confusión Radical,
contra
contra
estar contra
sistemáticamente contra
contra
contra.
¡Yo arrojo este poema violento y quebrado
contra el rostro de la burguesía!

Éste también

Duelo entre dos literaturas

Por César Vallejo[1]
Poeta. Perú, 1892, Francia, 1938.


César Vallejo por Pablo Picasso, 9/6/1938.

El proceso literario capitalista no logra, por más que lo deseen sus pontífices y capataces, eludir los gérmenes de decadencia que le suben, desde hace muchos años, del bajo cuerpo social en que él se apoya. Esto quiere decir que las contradicciones congénitas, crecientes y mortales en que se debate la economía capitalista, circulan igualmente por el acto burgués, engendrando su debacle. Esto quiere decir, asimismo, que la resistencia de aquellos caciques intelectuales para no dejar morir esta literatura, es vana e inútil, ya que estamos ante un hecho determinado, en un plano rigurosamente objetivo, nada menos que por fuerzas y formas de base de la producción económica, muy distantes y extrañas a los intereses sectarios, profesionales e individuales del escritor. La literatura capitalista no hace, pues, más que reflejar sin poderlo evitar, repito, la lenta y dura agonía de la sociedad de que procede.

¿Cuáles son los más saltantes signos de decadencia de la literatura burguesa? Estos signos se han evidenciado harto ya, para insistir sobre ellos. Todos pueden, no obstante, filiarse por un trazo común: el agotamiento de contenido social de las palabras. El verbo está vacío. Sufre de una aguda e incurable consunción social. Nadie dice a nadie nada. La relación articulada del hombre con los hombres, se halla interrumpida. El vocablo del individuo para la colectividad, se ha quedado trunco y aplastado en la boca individual. Estamos mudos, en medio de nuestra verborrea incomprensible. Es la confusión de las lenguas, proveniente del individualismo exacerbado que está en la base de la economía y política burguesa. El interés individual desenfrenado ser el más rico, el más feliz, ser el dictador de un país o el rey del petróleo, lo ha colmado de egoísmo todo, hasta las palabras. El vocablo se ahoga de individualismo. La palabra, forma de relación social la más humana entre todas, ha perdido así toda su esencia y atributos colectivos.

Tácitamente, en la cotidiana convivencia, todos sentimos y nos damos cuenta de este drama social de confusión. Nadie comprende a nadie. El interés de uno habla un lenguaje que el interés del otro ignora y no entiende. ¿Cómo van a entenderse el comprador y el vendedor, el gobernado y el gobernante, el pobre y el rico? Todos también nos damos cuenta de que esta confusión de lenguas no es, no puede ser, cosa permanente, y que debe acabar cuanto antes. Sabemos que para que ella acabe no hace falta sino una clave común: la justicia, la gran aclaradora, la gran coordinadora de intereses.

Entretanto, el escritor burgués sigue construyendo sus obras con los intereses y egoísmos particulares a la clase social de que él procede y para la cual escribe. ¿Qué hay en estas obras? ¿Qué expresan? ¿Qué dicen en ellas los hombres? ¿Cuál es, en ellas, el contenido social de las palabras? En los temas y tendencias de la literatura burguesa no hay más que egoísmo y desde luego, sólo los egoístas se placen en hacerla y en leerla. La obra de significado burgués o escrita por un burgués, no gusta sino al lector burgués. Cuando otra clase de hombre, un obrero, un campesino y hasta un burgués liberado de su vértebra clasista, pone los ojos en la literatura burguesa, los vuelve con frialdad o repugnancia. El juego de intereses de que se nutre semejante literatura, habla, ciertamente, un idioma diverso y extraño a los intereses comunes y generales de la humanidad. Las palabras aparecen ahí incomprensibles e inexpresivas. Los vocablos fe, amor, libertad, bien, pasión, verdad, dolor, esfuerzo, armonía, trabajo, dicha, justicia, yacen vacíos o llenos de ideas y sentimientos distintos a los que tales palabras enuncian. Hasta los vocablos vida, dios e historia son equívocos o huecos. La variedad y la impostura dominan en el tema, la contextura y el sentido de la obra. Aquel lector rehuye entonces o boicotea esta literatura. Tal ocurre, señaladamente, con los lectores proletarios respecto de la mayoría de autores y obras capitalistas.

¿Qué sobreviene entonces?

De la misma manera que el proletario va cobrando rápidamente el primer puesto en la organización y dirección del proceso económico mundial, así también, va él creándose una conciencia de clase universal y, con ésta, una propia sensibilidad, capaz de crear y consumir una literatura suya, es decir, proletaria. Esta nueva literatura está haciendo y desarrollándose en una proporción correlativa y paralela en extensión y hondura a la población obrera internacional y a su grado de conciencia clasista. Y como esta población abraza hoy las nueve décimas partes de la humanidad y como, de otro lado, la conciencia proletaria gana en estos momentos casi la mitad de los trabajadores del mundo, resulta que la literatura obrera está dominando casi por entero la producción intelectual mundial.

¿Cuáles son los más saltantes signos de la surgente literatura proletaria? El signo más importante está en que ella devuelve a las palabras su contenido social universal, llenándolas de un substractum colectivo nuevo, más exuberante y más puro y dotándolas de una expresión y una elocuencia más diáfanas y humanas. El obrero, al revés del patrono, aspira al entendimiento social de todos, a la cabal comprensión de seres e intereses. Su literatura habla, por eso, un Lenguaje que quiere ser común a todos los hombres. A la confusión de lenguas del mundo capitalista, quiere el trabajador sustituir el esperanto de la coordinación y justicia sociales, la lengua de las lenguas. ¿Logrará la literatura proletaria este renacimiento y esta depuración del verbo, forma suprema ésta y la más fecunda del instinto de la solidaridad de los hombres?

Sí. Lo logrará. Ya lo está logrando. No exageramos tal vez al afirmar que la producción literaria obrera de hoy contiene ya valores artísticos y superiores, en muchos respectos, a los de la producción burguesa. Digo producción obrera, englobando en esta denominación a todas las obras en que dominan, de una u otra manera, el espíritu y los intereses proletarios: por el tema, por su contextura psicológica o por la sensibilidad del escritor. Así es como figuran de literatura proletaria autores de diversa procedencia clasista, tales como Upton Sinclair, Gladkov, Selvinsky, Kirchen, Pasternak, O'Flaherty y otros, pero cuyas obras están, sin embargo, selladas por una interpretación sincera y definida del mundo de los trabajadores.

En suma, todas estas consideraciones aseguran a este respecto, la atención y respeto que la literatura proletaria despierta en los mejores escritores burgueses, atención y respeto que se traducen por la frecuencia con que tratan aunque sólo episódicamente en su reciente producción, de la vida, las luchas y derroteros revolucionarios de las masas trabajadoras Esta actitud revela dos cosas: unas veces el snobismo, propio de las inteligencias bizantinas, y, otras, la inestabilidad y vacilaciones características de una ideología moribunda.

En suma, todas estas consideraciones atestiguan, de un lado, el advenimiento y la ofensiva arrolladora de la literatura proletaria y, de otro lado, la derrota y desbandada de la literatura capitalista.

La encrucijada de la historia está, como se ve, zanjada en este terreno.

Notas

[1]Publicado originalmente en la revista *Universidad*, de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1º de octubre de 1931. Año 1, n° 2, p. 13. Tomada de www.marxist.org